

# Presencia de Bello en la integración cultural latinoamericana\*

FELIPE HERRERA

## I

El Diccionario de la Real Academia Española señala que “integración es la acción y efecto de integrar”, para luego definir este concepto como el “equivalente a formar las partes de un todo, o bien, completar un todo con las partes que faltaban”. La evolución de Hispanoamérica desde principios del siglo XIX se puede explicar en función del diverso grado de cohesión entre sus distintas partes. Al independizarse de la metrópolis, comienzan los nuevos países a transformarse en Estados-Naciones, cuya concreción toma, por cierto, largas décadas, después de las aspiraciones frustradas de sus principales líderes políticos y militares que, en las primeras décadas del siglo XIX, después de una lucha victoriosa frente a España, intentaron mantener o crear vínculos entre partes que formaban una importante familia de comunidades, gestadas durante tres siglos. Profundo fundamento asistía a Bolívar, al final de su existencia, cuando se refería al resultado de estas preocupaciones, como “haber arado en el mar”. Bien pudiéramos así definir a nuestra Hispanoamérica, desde su origen decimonónico en adelante, no como veinte naciones, sino que como “una gran nación deshecha”.

Una mejor visualización de esta temática nos lleva a enfocarla desde la triple perspectiva de lo económico, de lo político y de lo cultural. La última generación —a partir de la segunda post-guerra— presencia en lo económico un desconocido proceso de acercamiento global regional y un desarrollo concomitante de nuestros países en vías de desarrollo. Paradójicamente, en los últimos años el mayor acerca-

\*Conferencia dictada en el Instituto de Chile, el 21 de septiembre de 1981.

miento de los recursos humanos y materiales pareciera que ha sido incapaz de gestar entre nosotros ligazones políticas internacionales más profundas. No es del caso en esta presentación efectuar la descripción de los variados factores que han creado y que han acentuado tensiones entre las partes que formaban históricamente el todo: conocidos son los enfrentamientos por vacíos o malos entendidos en relación a la transformación de los “deslindes administrativos” —propios de nuestra participación trisecular en el imperio Español— en “fronteras nacionales” diseñadas conforme a la dimensión de las respectivas soberanías en nuestros territorios, y también por las diferenciaciones inherentes a la variedad de modelos político-económicos en el contexto de esas fronteras.

Pareciera que estos desequilibrios hubieran tomado mayor profundidad en el período del aniversario del segundo centenario del nacimiento de Bello. Tal vez por esa circunstancia nunca hasta ahora, desde el fallecimiento del eminentísimo venezolano, chileno e iberoamericano, sus creaciones han alcanzado mayor vigencia y mayor fuerza, no por la conmemoración de una fecha simbólica, sino por el significado permanente que Bello tiene, desde múltiples perspectivas, para la unidad cultural de nuestro Continente. Son los comunes orígenes y valores culturales, sumados a nuestras trayectorias históricas paralelas, las circunstancias que contribuyen a entender nuestro crecimiento económico y social, y los factores que, felizmente, han permitido amortiguar las tensiones políticas señaladas. Aún más, es precisamente esa identidad cultural la que ha hecho posible, en las dos últimas décadas, la gestación de interesantes y creadoras fórmulas de coexistencia, especialmente a través de nuevas instituciones regionales que nos han permitido enfrentar desafíos y tareas comunes o similares.

La cultura es, pues, el determinante actor de nuestra convivencia, y el profundo trasfondo que permite a América Latina, pese a su creciente heterogeneidad, una inserción más armónica y más trascendente en un contexto cosmopolita.

Don Andrés Bello ya había planteado esa tarea, en 1844, en los siguientes términos:

“Las varias secciones de la América han estado hasta ahora demasiado separadas entre sí; sus intereses comunes las convidan a asociarse, y nada de lo que pueda contribuir a este gran fin desmerece la consideración de los gobiernos, de los hombres de estado y de los amigos de la humanidad. Para nosotros, aun la comunidad de lenguaje es una herencia preciosa, que no debemos disipar. Si añadiésemos a este lazo el de instituciones análogas, el de una

legislación que reconociese substancialmente unos mismos principios, el de un derecho internacional uniforme, el de la cooperación de todos los estados a la conservación de la paz y de la administración de justicia en cada uno, ¿no sería éste un orden de cosas, digno por todos los títulos, de que tentásemos para verlo realizado medios mucho más difíciles y dispendiosos que los que exige la reunión de un congreso de plenipotenciarios? ¿Cuándo ha existido en el mundo un conjunto de naciones que formasen más verdaderamente una familia?”<sup>1</sup>.

El dinamismo integrador latinoamericano de Bello se ajusta plenamente a la conceptualización que hemos recordado en párrafos anteriores, utilizando el diccionario de la Real Academia Española. Amplias creaciones y promociones culturales de Bello, manifestadas específicamente en la gramática, en la literatura, en la educación, en el derecho, en las múltiples expresiones de la ciencia, en el periodismo y también en la orientación de políticas internas y externas para nuestro país, tienden —y coadyuvan eficazmente— a “formar de las partes un todo” y también a “completar un todo con las partes que faltaban”. En efecto, las consecuencias de lo centrífugo del proceso de la Independencia fueron significativamente paliadas y atemperadas por la irreversible vigencia del escenario cultural en cuyo contexto nos habíamos desenvuelto entre los siglos XVI y XVIII, vigencia fortalecida vigorosamente por la obra de Bello.

## II

Bello, nacido en Caracas, la dejó para siempre cuando sólo contaba con 29 años de edad. Sus elaborados biógrafos nos han enseñado que pese a su juventud, era ya en 1810 exponente de un interesante patrimonio intelectual y pragmático: estudios jurídicos, médicos y lingüísticos; labores periodísticas; gestación de diversos ensayos y libros. Rafael Caldera, en su preclara biografía del personaje, nos recuerda: “Cuando salió de Venezuela, ya se había forjado el humanista. En Londres adquiriría erudición vastísima, lograría depuración espléndida para sus trabajos futuros. Pero ya de Caracas llevaba lo indispensable en el Humanista, la característica de su actuación en la cultura: la vocación al estudio, un sistema fundamental de nociones que le acompañaría en su

<sup>1</sup>Diario “El Araucano”, Santiago de Chile, noviembre de 1844.

vida, un método de investigación, un criterio claro y jerárquico para interpretar las letras y la vida. De Caracas, según su testimonio propio, que nada autoriza a vejar, llevaba concluido su 'Análisis Ideológico de los tiempos de la Conjugación Castellana', considerado el más original de sus estudios. Sufrió tal vez en Londres y Chile una elaboración ulterior, pero debe referirse a su producción caraqueña en su concepción y líneas fundamentales. En Caracas había elaborado magníficas producciones poéticas, aunque no tan depuradas como las que habrían de convertirlo en Londres, en frase del profesor Eduardo Crema, en el 'libertador artístico' de Iberoamérica. En Caracas había revelado la madurez de juicio y de síntesis que ofrece el 'Resumen de la Historia de Venezuela'. Por ello, a pesar de la fructuosa influencia de la cultura inglesa en su vida, Bello no se hizo un sabio inglés, sino un sabio americano. Llevaba al marcharse a Europa una formación propia y característica, fruto selecto de un proceso de desarrollo cultural<sup>2</sup>. En esta primera etapa de la vida de Bello hay también una importante dimensión pragmática representada por sus funciones en la Secretaría de la Capitanía General de Caracas, importante actividad desempeñada durante casi una década (1801-1810) y que fuera la antesala para sus funciones de Oficial Primero de la Secretaría de Estado de la "Junta Conservadora de los Derechos de Fernando VII", que emerge en 1810, y que explica su participación en la misión diplomática que, encabezada por Bolívar, se desplazara a Londres en ese año.

Junto a la excepcional y destacada personalidad del joven Bello hay, pues, un escenario que debemos siempre recordar para comprender en toda su profundidad su presencia contemporánea. Es explicable que la lucha por una independencia, que la influencia filosófica de pensadores y científicos de fines del siglo XVIII y del siglo pasado, que la acción orientada de otros centros de poder, pretendiera subestimar durante largos años el significado de una dinámica convergencia histórico-cultural entre la Península y los nuevos pueblos de América. Tengamos presente que la figura de Bello emerge del trasfondo de una América que es parte del imperio Español; y que luego, no obstante independizarse políticamente, sigue partícipe de un sistema de vida, de una escala de valores, de una lengua, de concepciones filosóficas consustanciales a la antigua metrópoli.

El separatismo político-regional conlleva nuevas influencias exter-

<sup>2</sup>Rafael Caldera, "Andrés Bello", págs. 32 y 33. Instituto Nacional de Cultura y Bellas Artes, Caracas, 1965.

nas, particularmente del mundo anglosajón —Inglaterra y Estados Unidos— y de Francia, que se expresan en los nuevos aspectos de nuestra convivencia. Aún más: hay figuras intelectuales de la época que pretenden desconocer las raíces ibéricas, incluyendo aun nuestra lengua en común. Bello tiene frente a este proceso un profundo realismo y una clara visión de nuestro futuro. Para él —irrevocablemente— nuestro destino se encontraba y se reencontraba con la compleja y vital cultura ibérica, producto del extraordinario mestizaje de lo celtíbero, de lo greco-latino, de lo visigodo, de lo árabe y judío. Esa fusión de pueblos que se sigue proyectando en la historia de América Latina, no sólo por el mestizaje que emerge de la fusión hispana y lusitana con las poblaciones pre-colombinas y del ingreso de esclavos africanos, sino que también desde inicios del siglo XIX hasta la hora presente, en función de las más variadas corrientes inmigratorias europeas y asiáticas. He aquí un elemento consustancial para explicarnos la presencia y vigencia contemporánea de Bello, ya que fue propio de su personalidad comprender e interpretar los procesos de mezcla e integración, de cualquier origen y en cualquier plano. Bello admiraba los valores heredados y tradicionales; pero comprendía e intuía que para sobrevivir, esos valores necesitaban ajustarse a nuevas y prevalecientes condiciones distintas a aquéllas de las que originalmente surgieron.

La oportunidad para testimoniar vigorosamente su concepción surgió de los comentarios críticos que efectuara al documento del joven José Victorino Lastarria, presentado a la Universidad de Chile en septiembre de 1844, bajo el título “Las investigaciones sobre la influencia social de la conquista y el sistema colonial de los españoles en Chile”. Esa memoria expresa las concepciones de la “generación romántica” que culpa a la persistencia del pasado español los problemas que, según la nueva intelectualidad, afectaban a nuestro país y a las naciones hermanas, particularmente la sobrevivencia del feudalismo, de un exceso de centralización y de la falta de libertad de expresión y de democratización. Lastarria define el proceso señalando que “cayó el despotismo de los reyes, y quedó en pie con todo su vigor el despotismo del pasado”. Andrés Bello, ya Rector entonces de nuestra Universidad, reacciona contra la hispanofobia de nuestros románticos criollos con una madura concepción histórica al comentar el documento de Lastarria.

Permitaseme transcribir sus siguientes conceptos:<sup>3</sup>. “El que obser-

<sup>3</sup>“Antología del Pensamiento Social y Político de América Latina”, pág. 409 y ss., OEA, 1964.

ve con ojos filosóficos la historia de nuestra lucha con la metrópoli reconocerá sin dificultad que lo que nos ha hecho prevalecer sobre ella es cabalmente el elemento ibérico. La nativa constancia española se ha estrellado contra sí misma en la ingénita constancia de los hijos de España. El instinto de patria reveló su existencia a los pechos americanos y reprodujo los prodigios de Numancia y Zaragoza. Arrancóse el cetro al Monarca, pero no al espíritu español: nuestros congresos obedecen sin sentirlo a inspiraciones góticas; la España se ha encastillado en nuestro foro; las ordenanzas administrativas de los Carlos y Felipes son leyes patrias..."

La percepción de Bello —a muy pocos años de generalizarse en nuestra América la dicotomía frente a la Península— cobra hoy más fuerza que nunca. Iberoamérica, en este período final del siglo XX, pareciera caminar a un reencuentro especial, cuya gran fuerza vital han sido los permanentes y cohesivos elementos congénitos al común trasfondo histórico-cultural mencionado. Nadie mejor que Ortega y Gasset para haber definido e intuido, ya en 1922, esta situación: "La liberación no es sino la manifestación más externa y última de esa inicial disociación y separatismo; tanto que, precisamente en la hora posterior a su liberación, comienza ya el proceso de cambiar de dirección. Desde entonces —y cualesquiera sean superficiales apariencias y verbalismos convencionales— la verdad es que una vez constituidos en naciones independientes y marchado según su propia inspiración, todos los nuevos pueblos de origen colonial y la metrópoli misma, caminan, sin proponérselo ni quererlo y aun contra su aparente designio, en dirección convergente, esto es, que entre sí y al mismo nivel, se irán pareciendo, cada vez más, irán siendo cada vez más homogéneos. Bien entendido, no que vayan asemejándose a España, sino que todos, incluso España, avanzan hacia formas comunes de vida. No se trata, pues, de nada que se parezca a eventual aproximación política, sino a cosa de harta más importancia: la coincidencia progresiva en un determinado estilo de humanidad"<sup>4</sup>.

Y no se trata sólo de las crecientes vinculaciones de todo orden entre España y sus antiguas Colonias, sino que también la convergencia del Brasil a esta realidad. Por otra parte, somos de los convencidos que el denominado "Nuevo Caribe" —es decir las antiguas Colonias ingle-

<sup>4</sup>José Ortega y Gasset, "Meditaciones del Pueblo Joven", pág. 50, EMECE Editores, Buenos Aires.

sas, francesas y holandesas de nuestro Hemisferio, hoy en día en proceso de creciente independización—tiende a acceder y a vincularse a esta realidad. Las significativas expresiones institucionales de este proceso han sido la adhesión de los nuevos países a la Organización de Estados Americanos, y su participación en ayudar a gestar el Sistema Económico Latinoamericano (SELA). Las convergencias anotadas, de interesantes perspectivas futuras, si bien se alimentan en determinantes geo-políticas y geo-económicas, están básicamente gestadas por los elementos culturales comunes cuyo punto de partida lo constituyen los cinco siglos que siguen a la presencia de Colón en nuestro Hemisferio.

### III

La permanencia de Bello en Londres durante 19 años (1810- 1829), los vínculos familiares que establece y el excepcional escenario intelectual, político y económico que representaba la capital del Imperio Occidental más importante del siglo XIX y principios del actual, no constituyen meramente una interesante y positiva coincidencia para la vida de un emitente americano, sino que son los factores que contribuyen con excepcional vitalidad a definir esta personalidad y su obra definitiva. No olvidemos el significado de la capital inglesa para el nuevo período histórico de nuestra Hispanoamérica. Tengamos presente que prácticamente todas las grandes figuras de nuestro Continente de esa época tienen una experiencia de directas vinculaciones con ese decisivo centro urbano internacional.

En relación a esta materia, Pedro Grases, el distinguido intelectual hispano-venezolano, publicó en 1962 un interesante ensayo bajo el título de “Tiempo de Bello en Londres”, de donde recogemos las siguientes reflexiones:<sup>5</sup> “Seguramente el grandioso ideal mirandino fue debido en gran parte al cambio de lugar de observación que experimentó en su vida. Como consecuencia de la contemplación de América desde Europa se unificaban los problemas americanos y se concatenaban entre sí con poderosa fuerza sintética. Podría aplicarse el mismo razonamiento a Bolívar. Se aprecia igualmente en la obra londinense de los hispanoamericanos una transformación similar. El pensamiento de los hombres de América pasa de lo local a lo universal al tener un ángulo enjuiciador distinto. Las grandes preocupaciones de

<sup>5</sup> Ediciones del Ministerio de Educación, Caracas, 1962, págs. 99 y 100.

la vida local, quedan reducidas a sencillas anécdotas al sopesarse con un criterio globalizador. Volvamos al ejemplo de un hombre al que tendremos que recurrir a menudo para comprobar nuestros asertos: Andrés Bello. El sentido universalista de la labor del gran maestro del humanismo americano habría sido sumamente difícil, si no imposible de poseer, sin la experiencia vivida en un lugar de estudio de la humanidad que le permitiera elaborar un juicio de conjunto. No creo que la universalización de los conceptos se aprenda en los libros, ni dependa o sea fruto de intuiciones únicamente, sino consecuencia y lección desprendida de la propia existencia”.

El escenario londinense ofrece a los hispanoamericanos perspectivas más elaboradas que las que podrían haber sido gestadas en sus propias tierras o desde la Madre Patria, apreciaciones destinadas a tener profundos impactos en los años posteriores. El desafío de la independencia tiene para ellos un sentido “continental” y no “compartamentalizado” como fueran las características prevalecientes en las décadas siguientes. La mejor expresión de esta realidad era el hecho que los nuevos países tuvieran en Londres representantes acreditados que jurídicamente eran ciudadanos de otras Repúblicas hermanas. recordemos a Irisarri, guatemalteco, delegado de nuestro país; a los ecuatorianos Rocafuerte y Olmedo con mandatos de México y Perú, y al propio Bello que efectuara gestiones en nombre de Venezuela, de Chile y de Colombia.

Alfonso Reyes, el eminentе pensador y ensayista mejicano, explica este proceso en función del liberalismo político, económico y cultural que tiende a prevalecer en el mundo occidental del siglo XIX, comentando que “a partir de esta hora, las antiguas colonias quedan en categoría de sociedades que no han creado la cultura, sino que la reciben hecha de todos los focos culturales del mundo. Por un explicable proceso, toda la herencia cultural del mundo pasa a ser patrimonio suyo por igual derecho... El ciudadano de las grandes naciones creadoras de cultura casi no tiene necesidad de salir de sus fronteras lingüísticas para completar su imagen del mundo. El ciudadano de la antigua colonia tiene que ir a la vida internacional para completar tal imagen y, además, está acostumbrado a buscar en el exterior las fuentes del saber. Así se explica el saber de ‘extranjerismo’ en ciertas etapas de nuestra adolescencia cultural”.

Ese “extranjerismo” mencionado por Reyes ha tenido inevitablemente una definida presencia en la vida cultural iberoamericana, desde la Independencia hasta nuestros días, entendiendo como vida

cultural actitudes colectivas e individuales políticas, económicas, educacionales, artísticas, científicas y tecnológicas. Precisamente, la extraordinaria presencia histórica de Bello se debe a su genio para integrar y asimilar las tendencias dinámicas provenientes de las realidades anglosajona y francesa en el contexto de un escenario y de un pensamiento hispanoamericano.

## IV

El escenario final para el hombre maduro, cercano a completar cinco decenios de su vida, empezó en Chile, en el período en que se gesta la maduración del nuevo Estado-Nación, emergido del trasfondo hispánico-cultural y de 20 años de lucha por su independencia política y por una organización republicana. Es interesante recordar que el fallecimiento de don Andrés se produce en 1865, es decir, al empezar a completarse el ciclo de los denominados gobiernos conservadores en el país y al haberse creado condiciones excepcionales de estabilidad y progreso en el contexto de las nuevas comunidades nacionales emergentes.

Nuestro Embajador en Caracas, el original escritor Emilio Rodríguez Mendoza, definía en 1942, en los siguientes términos el ambiente chileno que recibiera a Bello: "El país, tan angosto que es una especie de tejado sobre el mar, se había puesto a crecer; habían terminado los cuartelazos y las revueltas y el humanista caraqueño trabajaba sin fin y sin zozobros en un gabinete con olor a libros, a tinta, al café que le enviaban los suyos desde su misma Caracas y que le servían en una taza de porcelana verde con filetes 'vermeil'. El Sr. Bello tenía prudentísimamente resuelto no tomar ningún partido, y fue esa la más sabia de las resoluciones, porque su misión era nacional y no política".

La incorporación de Bello a Chile, si bien no lo hace partícipe en la política interna prevaleciente, no significa tampoco que el personaje se aísle o se aliene frente a los desafíos propios para un país aún en pleno proceso de organización institucional.

En tal sentido expresa uno de los varios paralelismos de su vida y filosofía con la de Goethe. No olvidemos que el gran humanista germano, si bien es cierto que participa honesta y creadoramente sirviendo el "statu-quo" representado en ese período de su vida por el gran Ducado de Weimar, tiene una especial sensibilidad frente a los inevitables cambios que la Revolución Francesa seguía proyectando en función de

los superiores y permanentes principios de Libertad, Igualdad y Fraternidad.

Chile, en esas décadas, ya se había transformado en el “asilo contra la opresión” testimoniada en nuestro himno patrio. En tal sentido no puede dejar de mencionarse a los exiliados argentinos tan decisivos en el proceso intelectual de 1842, y que pese a enfoques diversos, estuvieron muy cerca de Andrés Bello. Nos referimos especialmente a Domingo Faustino Sarmiento, Bartolomé Mitre, Vicente Fidel López, Juan Bautista Alberdi y Gabriel Ocampo.

Tal vez el mejor testigo, admirador y partícipe de la presencia de Bello en Chile fue don Miguel Luis Amunátegui como lo señala su ya clásico libro “Vida de Don Andrés Bello”. En esa obra leemos lo siguiente: “Bello se hallaba profundamente convencido de que el único remedio eficaz del malestar social que aquejaba a las nuevas repúblicas era un estado perfecto de paz y de tranquilidad, que les permitiese afrontar por todos los ámbitos posibles el cultivo intelectual, a fin de completar la revolución operada en el orden político por otra revolución correspondiente llevada a cabo en el orden moral. La ilustración era, en su concepto, la condición indispensable de la libertad”<sup>6</sup>.

Don Andrés Bello plantea con gran vigor esta tarea en su discurso de instalación de la Universidad de Chile cuando expresa: “Los adelantamientos en todas líneas se llaman unos a otros, se eslabonan, se empujan. Y cuando digo los adelantamientos en todas líneas, comprendo sin duda los más importantes a la dicha del género humano, los adelantamientos en el orden moral y político. ¿A qué se debe este progreso de civilización, esta ansia de mejoras sociales, esta sed de libertad? Si queremos saberlo, comparemos a la Europa y a nuestra afortunada América, con los sombríos imperios del Asia, en que el despotismo hace pesar su cetro de hierro sobre cuellos encorvados de antemano por la ignorancia, o con las hordas africanas, en que el hombre, apenas superior a los brutos, es como ellos un artículo de tráfico para sus propios hermanos. ¿Quién prendió en la Europa esclavizada las primeras centellas de libertad civil? ¿No fueron las letras? ¿No fue la herencia intelectual de Grecia y Roma, reclamada, después de una larga época de oscuridad, por el espíritu humano? Allí, allí tuvo principio este vasto movimiento político, que ha restituido sus títulos de ingenuidad a tantas razas esclavas, este movimiento que se

<sup>6</sup>Publicaciones Embajada de Venezuela en Chile, 1962, pág.329

propaga en todos sentidos, acelerado continuamente por la prensa y por las letras, cuyas ondulaciones, aquí rápidas, allá lentas, en todas partes necesarias, fatales, allanarán por fin cuantas barreras se les opongan, y cubrirán la superficie del globo”.

## V

Séame permitido, en términos resumidos —por cierto—, recordar las creaciones de nuestro homenajeado que han tenido, que tienen y que seguirán teniendo un componente integracionista, único si lo comparamos con otros escenarios internacionales donde se manifiestan tendencias regionales unitarias.

Tengamos en cuenta, en primer término, a los *lingüistas y gramáticos* que estudian y seguirán investigando las obras de Bello. Con sobrada razón, porque en ellas encontrarán pureza aleccionadora de léxico y guía segura de construcción apropiada. Sin embargo, el enlace de Bello con la lengua castellana tiene una dimensión aun más honda y humana. Su respeto a las formas del lenguaje entraña devoción al espíritu que a través de él se expresa. Su principal empeño es preservarlo como receptáculo del patrimonio común de tradiciones y experiencias, y perfeccionarlo como instrumento de comprensión recíproca de las motivaciones y aspiraciones del hombre hispanoamericano. A “los habitantes de Hispanoamérica” dedicó el gran caraqueño su Gramática de la Lengua Castellana. Y consignó con clarividencia en el prólogo de esa obra: “No tengo la pretensión de escribir para los castellanos. Mis lecciones se dirigen a mis hermanos, los habitantes de Hispanoamérica. Juzgo importante la conservación de la lengua de nuestros padres en su posible pureza, como un medio providencial de comunicación y un vínculo de fraternidad entre las varias naciones de origen español sobre los dos continentes”. No condena el maestro, por cierto, lo nuevo en materia de idioma. Por el contrario, aboga por el neologismo, obediente a las exigencias de la sociedad y aun a las de la moda literaria, cuando concurre a la más fácil transmisión del pensamiento y no hace violencia al genio del idioma; pero previene contra la alteración caprichosa de la lengua que pudiera degenerar como el latín en la Edad Media, porque entonces, los pueblos de América “perderán uno de sus vínculos más poderosos de fraternidad, uno de sus más preciosos instrumentos de correspondencia y comercio”.

El profundo sentido vital que Bello tiene del idioma, le lleva a

encontrar en él recursos inusitados para la revelación de lo autóctono. De ahí que, rectificando las tradiciones españolas y coloniales, dé un primer paso revolucionario en las letras castellanas al valorar la naturaleza americana, en sus dos grandes poemas iniciales del ciclo América, no sólo como deleite de los sentidos, sino como fuente de riqueza de sus pueblos. Antes, en la primera de sus silvas, ya había proclamado una suerte de manifiesto de independencia poética americana, llamando a la poesía:

*Tiempo es que dejes ya la culta Europa  
Que tu nativa rustiquez desama,  
Y dirijas el vuelo a donde te abre  
El mundo de Colón su grande escena...*

También tuvo clara identidad latinoamericana *la labor jurídica* de Bello; en particular, el Código Civil chileno que, adoptado por varios países de nuestro Continente, aún constituye piedra angular de la estructura institucional de los mismos. La extraordinaria cultura histórica, socio-lógica y jurídica de su autor, absorbida en los años modestos y fructíferos de su vida en Londres, se hermana a su profundo buen sentido y a una vivencia de las situaciones reales, sin prejuicios y sin dogmas, para producir un conjunto equilibrado y orgánico de enunciados y disposiciones legales, acabado ejemplo de concepción institucional. En él nos hemos formado y de él nos hemos nutrido millares de latinoamericanos en los últimos cien años, derivando de su articulado la más fecunda enseñanza; la posibilidad de armonizar los principios de la equidad y de la justicia con las necesidades del progreso social.

Hasta en materia tan rígida como la legislación, es magistral en Bello el uso del idioma. La perfecta coincidencia entre el concepto y la expresión presta a sus frases una hermosura que se dijera espontánea e inalienable, tanto más alta cuanto más simple. Bello no utiliza las palabras para velar las cosas con adornos, sino para revelarlas en luz clara. Se dice que Stendhal afilaba su idioma en los bloques firmes y exactos del Código Napoleónico. Bien pudieran así hacerlo, o quizás así lo han hecho, algunos de nuestros buenos escritores, en el Código de Bello, donde la lengua es particularmente concisa y conceptualmente profunda. Y junto a esas cualidades exhibe una belleza diáfana. Ejemplo clásico de precisión es el artículo 1º de nuestro Código Civil: "La ley es una declaración de la voluntad soberana que, manifestada en la forma prescrita en la Constitución, manda, prohíbe o permite". A veces la simplicidad de sus definiciones alcanza acento poético. Dice, por

ejemplo: "Se entiende por playa del mar la extensión de tierra que las olas bañan y desocupan alternativamente hasta donde llegan en las más altas mareas". Y en otra parte: "Se llama aluvión el aumento que recibe la ribera de la mar o de un río o lago por el lento e imperceptible retiro de las aguas".

Obviamente, la vigencia cultural latinoamericana de Bello es sinónimo de su *presencia educacional*, adelantándose a su época cuando aún la educación era considerada fundamentalmente como un instrumento de capacitación para incorporarse a las exigencias y a las tareas propias de un nuevo desarrollo económico. Tengamos presente que el Chile rural, heredado de la Colonia, tiende a dinamizarse, desde mediados del siglo pasado en adelante, por nuevas actividades mineras, comerciales y bancarias. En este período se testimonia una presencia decisiva del liberalismo europeo, en lo político y en lo económico. Recordemos la figura del primer académico economista que llega a nuestro país: el distinguido profesor francés Gustavo Courcelle-Seneuil, quien mantiene magníficas vinculaciones con Bello y con su familia.

Bello era partícipe de las aspiraciones hacia un progreso económico, pero era muy explícito en testimoniar que las nuevas fuerzas no debían erosionar las tareas educativas. Sus célebres discursos en la Universidad de Chile son la mejor expresión de lo anterior. Bello insistenteamente postulaba para que América Latina, de una parte, conservara y acrecentara su patrimonio cultural y, de otra, absorbiera los nuevos adelantos e invenciones de la ciencia y de la técnica de ese período. Se trataba de un pensamiento que consideraba indispensable adecuar la vida intelectual de nuestros pueblos a la realidad social de la época y que, con ese objeto, inducía al equilibrio entre las motivaciones humanistas y las vinculadas a las ciencias naturales, entre el fomento de las aplicaciones prácticas y la apreciación de las fórmulas generales de la ciencia. "Toda las verdades se tocan —afirmaba en 1843 al instalarse nuestra Universidad— desde las que determinan las agencias maravillosas de que dependen el movimiento y la vida en el universo de la materia; desde las que resumen la estructura del animal, de la planta, de la masa inorgánica que pisamos; desde las que revelan los fenómenos íntimos del alma en el teatro misterioso de la conciencia, hasta las que expresan acciones y reacciones de las fuerzas políticas; hasta las que sientan las bases incombustibles de la moral; hasta las que determinan las condiciones precisas para el desenvolvimiento de los gémenes industriales; hasta las que dirigen y fecundan las artes".

Dentro de ese todo múltiple, convergente y cambiante de las *ciencias y las artes*, Bello estima posible reorientar los sistemas y las técnicas para ahondar en el propio conocimiento y afirmar y proyectar hacia el futuro una cultura americana. Ese es el tema que desarrolló ampliamente, pocos años después, en su discurso de aniversario de la Universidad en 1848. En él explicó por qué y cómo la mayoría de las ciencias, para enseñarse de un modo conveniente, necesitaban adaptarse a nosotros, a nuestra naturaleza física, a nuestras circunstancias sociales. Abogó entonces por que las ciencias de observación se confrontaran con la fauna, la flora, las rocas y el clima circundantes, y que los propios textos se modificaran de conformidad con el medio ambiente. Modo sería éste no sólo de nacionalizar en lo que fuera necesario las disciplinas científicas, sino de enriquecerlas con el conocimiento de nuevos seres y nuevos fenómenos.

En ese contexto global, Bello concibe la Universidad como “un cuerpo eminentemente expansivo y propagador”. Considera que “la propagación del saber es una de sus condiciones más importantes, porque sin ella las letras no harían más que ofrecer puntos luminosos en su medio de densas tinieblas”. Y concibe las academias, las universidades, como “depósitos donde tienden constantemente a acumularse todas las adquisiciones científicas; y de estos centros es de donde se derraman más fácilmente por las diferentes clases de la sociedad”.

Este, según Bello, es el antecedente indispensable para alcanzar la educación general que una auténtica democracia reclama. “En ninguna parte —afirma— ha podido generalizarse la instrucción elemental que reclaman las clases laboriosas, la gran mayoría del género humano, sino donde ha florecido de antemano las ciencias y las letras”, porque, según él, la difusión de los conocimientos presupone la existencia de centros desde donde vaya extendiéndose progresivamente sobre los espacios intermedios hasta penetrar al fin de las capas extremas.

## VI

El pensamiento y la creación de Bello en los variados campos desde donde proyecta la unidad de nuestro Continente toma también una especial dimensión por su vinculación al campo de las relaciones internacionales, tanto desde la perspectiva del derecho y del periodismo, como a través de una interesante y sugerente acción política y funcionalia de alto vuelo.

Como ya lo hemos señalado, en 1810 acompañaba como secretario

asesor a Bolívar y a Luis López Méndez, en la misión que la Suprema Junta Gubernativa de Caracas le confiara ante Su Majestad británica. Es interesante recordar que en los planteamientos de los diputados venezolanos para obtener la abierta y efectiva colaboración de Inglaterra consideraban como uno solo el proceso de la emancipación de la que entonces llamaron América Meridional, utilizando la terminología de Miranda. Señalaron en el memorándum que presentaron al Foreign Office: "Los diputados esperan que los diversos virreinatos y provincias del Norte y Suramérica se dividirán en diferentes estados de acuerdo con sus límites físicos y políticos; pero ellos proyectan un sistema federal que, dejando a los respectivos estados independencia de gobierno, pueda formar una autoridad central coordinada, como la de los Anflictiones de Grecia".

Esa preocupación por la unidad continental nunca abandonó a Bello en los largos años en que le correspondiera organizar y dirigir los servicios técnicos y administrativos de la cancillería chilena, participar como miembro de nuestro Senado y como principal columnista del Diario Oficial "El Araucano". El mismo espíritu anima su obra clásica de Derecho Internacional, que originalmente se publicara con el título de "Derecho de Gentes", como texto para los estudiantes universitarios. Preocupación tanto más laudable si se considera que entre 1829 y 1865, casi se había desvanecido la aspiración a mantener cohesionada la América hispana, a pesar de los intereses aislados de celebrar algunos Congresos de plenipotenciarios americanos. En una de las memorias del Ministerio de Relaciones Exteriores, que él personalmente redactaba, expresa: "Basta echar la vista sobre un Mapa de la América Meridional para percibir hasta qué punto ha querido la Providencia facilitar el comercio de sus pueblos y hacer de todos una sociedad de hermanos. Estampada está en nuestro Continente, con caracteres indestructibles, la alianza de familia que debe unir a todas las naciones que ocupan sus inmensas regiones".

Pero es específicamente en la inspiración, en los escritos, en la obra intelectual de Bello, donde sobrevive el máximo ideal de los emancipadores, ese mismo ideal que también otras figuras preclaras del Continente mantuvieron, como antorcha sagrada, a despecho de condiciones adversas predominantes. Bello, como Alberdi, Eugenio María de Hostos, José Cecilio del Valle, Vicuña Mackenna, Martí, Montalvo, pertenece a esa pléyade latinoamericana que con certera intuición de la historia afirmó su convencimiento de que el proceso de la reintegración de América Latina volvería a tener vigencia en condiciones más

propicias, tal como los ríos de vida intermitente, cuyo curso aparente desaparece en terreno hostil, sólo para aflorar más tarde, con mayor vigor, en un proceso obediente a leyes físicas inexorables.

Uno de los aspectos más destacados de la relación recordada entre Bello y Goethe es el vuelo que cobra su labor prestada en el ambiente restringido que reclama sus esfuerzos cotidianos y sus preocupaciones inmediatas. En un momento de intensificación de luchas nacionales, a solas con su pensamiento en Weimar, Goethe aplicó su potencia intelectual y la madurez de su juicio, a la concepción de una sociedad europea cuyo significado y alcance se hicieron patentes mucho más tarde, cuando el desarrollo económico y científico ulterior hizo posible que se convirtiera en realidad su visión anticipada de la historia. Bello intervino, con maestría excepcional, en la organización y culturización de un país de escasamente dos millones de habitantes; pero el designio de su obra alcanza plenitud y validez contemporánea por la tendencia al reencuentro de América Latina en estas últimas décadas del siglo XX.

## VII

Al final de esta presentación, sólo quisiera subrayar la importancia del período de la Historia Mundial en que le toca vivir a nuestro homenajeado y la excepcional madurez de su personalidad para ajustar las condiciones de ese medio con sus propias motivaciones subjetivas.

Recordemos que nos hemos estado refiriendo a las dos últimas décadas del siglo XVIII y dos terceras partes del siglo XIX, décadas por lo demás decisivas como antecedentes de nuestra actual realidad planetaria. Se trata de períodos claves para la civilización occidental; pero tengamos presente también que es a partir de esos decenios cuando Occidente impone su modelo y sistema de vida al mundo en su conjunto. Durante los decenios recordados, el siglo XVIII proyecta su “racionalismo” e “ilustración” con trascendente dinamismo, no sólo en lo cultural, filosófico y científico, sino que también directamente en la vida económica y política, como lo expresan, entre otros procesos fundamentales, los orígenes y proyecciones de la Revolución Francesa y de la Independencia de los países sajones e ibéricos en nuestro Hemisferio. Estas décadas, paralelamente corresponden al tecnológico y expansivo proceso de la denominada “revolución industrial”, gestada en los principales centros de Europa, y, luego, proyectada en diversas formas al mundo decimonónico en su conjunto.

Bello describe este proceso de “internacionalización” que los nuevos desarrollos del siglo XIX traían consigo, en los siguientes términos, desde una perspectiva latinoamericanista:

“Al oír hablar de la infancia de nuestros pueblos, parece que se tratase de una generación que hubiese brotado espontáneamente de la tierra en una isla desierta, rodeada de mares intransitables, y forzada por su incomunicación con el resto de nuestra especie a crear de su propio fondo las instituciones, artes y ciencias que constituyen y perfeccionan el estado social. Nuestro caso es muy diverso. Nos hallamos incorporados en una grande asociación de pueblos, de cuya civilización es un destello la nuestra. La independencia que hemos adquirido nos ha puesto en contacto inmediato con las naciones más adelantadas y cultas; naciones ricas de conocimientos, de que podemos participar con solo quererlo. Todos los pueblos que han figurado antes que nosotros en la escena del mundo han trabajado para nosotros. ¿Quién nos condena, sino nuestra desidia, a movernos lentamente en la larga y tortuosa órbita que han descrito otros pueblos para llegar a su estado presente? ¿No podremos adoptar sus mejoras sociales, sino cuando hayamos completado ese largo ciclo de centenares de años que ha tardado en desenvolverse el espíritu humano en las otras regiones de la tierra? ¿Estaremos destinados a marchar eternamente tres o cuatro siglos detrás de los pueblos que nos han precedido? Pero el mundo civilizado progresá ahora con tan rápido movimiento, que, si no aceleramos el paso, nos dejará cada año a mayor distancia, más ignorantes y atrasados con respecto a él, y por consiguiente más débiles, porque conocimiento es poder”<sup>7</sup>.

Como lo hemos señalado, Londres es el escenario cultural, político y económico de mayor convergencia y vitalidad para los cambios recordados. Los veinte años de la participación de Bello en ese contexto son fundamentales desde todo punto de vista. Interesantemente, las nuevas fuerzas y condicionantes históricas que emergen no erosionan culturalmente el clasicismo greco-latino que, a partir del Renacimiento, vuelve a tomar fuerza en Occidente. Así se explica que Bello hermane sus preocupaciones por la ciencia y por la sociedad moderna con

<sup>7</sup>Cit. por Eugenio Orrego Vicuña, *Don Andrés Bello*, 3<sup>a</sup> Edición, Imp. y Litogr. “Leblanc”, pág. 313. Santiago, 1940.

un interés y creatividad en función de las culturas griegas y latinas, integración humanista que es decisiva para sus posteriores creaciones intelectuales que siempre reconocemos como expresivas de un equilibrio entre lo abstracto y lo concreto, entre el pasado y el presente, entre la teoría y la práctica, entre los principios y su institucionalización.

La obra de Bello, gracias a su oportunidad y profundidad, testimonia una proyección y vigencia que sólo podemos captar en función de la propia evolución y maduración de su persona. Recordemos que si bien desde temprana edad Bello es un ilustre intelectual y servidor público, su vida está erosionada en muchos períodos por serias limitaciones materiales, en otras por desgracias y dolores familiares, y también por negativas reacciones de algunos de sus contemporáneos motivados por la intrínseca envidia humana, por prejuicios políticos o filosóficos, o, sencillamente, por no ser capaces de entender a un hombre superior.

Son precisamente las naturales e intrínsecas contradicciones y debilidades del ser humano las que estimulan a Bello para luchar por creaciones culturales, propias de diversas áreas de su labor, fundamentalmente motivado por una convicción optimista del futuro de sus semejantes en el contexto de un orden divino: recordemos que los valores humanistas de Bello están armonizados con una profunda fe en Dios.

Sus creaciones y mensajes han tomado especial presencia en esta oportunidad, después de haber transcurrido dos siglos de su nacimiento, porque nos ha hecho recordar que la cultura sólo tiene sentido como componente de la convivencia comunitaria, no como un factor de satisfacción individual, sino que para interpretar y servir la vida social. La vivencia y creación cultural propia de la vida de Bello ha enseñado a las generaciones que le han sucedido en el ambiente de nuestro Continente que esa escala de valores ha sido superior a la que legaran algunos de sus contemporáneos, motivados por visiones para las que prevalecieran preocupaciones exitistas a corto plazo, alimentadas muchas veces por una adhesión deformada a un “progresismo”, sin verdaderas raíces en nuestra realidad.

Estamos ciertos que el mensaje de Bello —explícita o implícitamente— estará cada vez más cerca de las nuevas generaciones, principalmente en presencia de condiciones deformantes de los valores superiores para la existencia individual y colectiva. Recordemos al respecto el llamado que Bello dirigió como maestro a la juventud latinoamericana cuando expresara: “Jóvenes: aprended a juzgar por vosotros mismos: aspirad a la independencia del pensamiento. Bebed en la fuente; a lo menos en los raudales más cercanos a ella”.